LIBRO DE HECHOS

Lección 50, Capítulo 23 y 24

Esta es nuestra lección número 50 del libro de Hechos. Llevamos un año estudiándolo y espero que la razón de avanzar deliberadamente a este ritmo ya sea evidente. Hemos hecho muchos desvíos para examinar cuidadosamente el explosivo crecimiento de la confianza en Yeshua como Mesías, expresada principalmente por el movimiento judío llamado El Camino. También hemos examinado el judaísmo y el estado de la sociedad judía, tanto dentro como fuera de la Tierra Santa, para comprender mejor a los diversos personajes bíblicos judíos, sus circunstancias y lo que quieren decir con sus palabras; porque, sin hacerlo, podemos interpretar erróneamente lo que Yehoveh quiere enseñarnos. Entre estos personajes bíblicos y quienes toman decisiones, el principal es Pablo, a quien el Señor ha determinado que debe ir a Roma, la futura sede de la Iglesia cristiana gentil, para extender el alcance del Evangelio al comparecer ante el Emperador. Estamos viendo cómo algo tan improbable como que un simple judío común consiguiera una audiencia con gobernadores romanos e incluso con el Emperador puede llegar a suceder mientras Dios orquesta los acontecimientos de manera invisible conforme a Su voluntad. Hoy comenzaremos nuestra lección con otro de esos desvíos.

Al continuar nuestro estudio del capítulo 23 de Hechos, encontramos que Sha'ul vuelve a ser atacado por otros judíos que piensan que se ha convertido en un traidor al judaísmo. O, para ser más precisos, un traidor a su identidad judía. Antes de volver a leer algunos versículos del capítulo 23, quiero señalar que términos como judaísmo e identidad judía, que por necesidad utilizo con frecuencia, pueden ser difíciles de definir con precisión. Distinguir entre esos dos términos no es tan sencillo como parece, porque no existe una autoridad única que pueda declarar exactamente qué es y qué no es el judaísmo, o qué es y qué no es la identidad judía. Son términos bastante subjetivos que se van transformando a medida que se desarrolla la historia. Como ilustración, esto no es muy diferente del problema de afirmar definitivamente qué significa el término cristiano; algo que, en apariencia, no debería ser tan

difícil de comprender (pero lo es). Sospecho que, si les preguntara a cada uno qué es un cristiano, recibiría respuestas ligeramente distintas. Y si hiciera esa pregunta en el Medio Oriente o en el norte de África, obtendría respuestas completamente diferentes. Sin duda, todos comenzarían diciendo que un cristiano es un seguidor de Cristo; pero después añadirían salvedades y definiciones con las que no todos los que se llaman cristianos estarían de acuerdo. Por ejemplo: ¿se puede ser cristiano y no creer que Cristo es Dios? ¿Se puede ser cristiano y no creer en el nacimiento virginal? ¿Se puede ser cristiano y no creer que Cristo es judío? ¿Se puede ser cristiano y no celebrar Navidad y Pascua? Así era entonces, y sigue siendo, al tratar de comprender el judaísmo antiguo: todas las sectas compartían la creencia común de que Yehoveh era el Dios de Israel; pero, después de eso, existían muchos matices y variaciones que dieron lugar a la formación de varias sectas del judaísmo. ¿Se puede ser judío y creer que otras naciones tienen dioses diferentes (y legítimos)? ¿Se puede ser judío y no creer en la resurrección de los muertos? ¿Se puede ser judío y no estar circuncidado? Y, tanto en nuestro tiempo como en la antigüedad, ¿se puede ser judío y creer que Yeshua de Nazaret es el Mesías?

Una de las cosas más difíciles de comprender es que, aunque todavía se aplica en distintos grados en nuestro tiempo, en los tiempos bíblicos la religión era invariablemente solo un elemento de la manera en que se definía la etnia de una persona. Por ejemplo, no te identificarías como cananeo sin tener la genealogía apropiada, usar la vestimenta cananea tradicional, llevar el cabello al estilo cananeo, vivir en casas construidas según cierta forma tradicional cananea, ejercer ocupaciones culturalmente aceptadas mientras evitabas otras y, en general, llevar un estilo de vida cananeo bien definido, además de adorar al panteón de dioses cananeos de la manera tradicionalmente aceptada. Al aplicar este mismo principio a los judíos, vemos que la religión de los judíos, el judaísmo (como finalmente fue denominado), era simplemente uno de varios elementos necesarios de la vida que servían para identificarte y reconocerte como judío. La religión era solo una parte de lo que hacía que un judío fuera judío; había varias otras. En términos generales, si eliminabas o renunciabas a cualquiera de esas partes, tu identidad judía sería cuestionada.

Entonces, ¿de dónde provino la religión de los judíos de los tiempos del Nuevo Testamento, el judaísmo? No se tomó exclusivamente de la Biblia hebrea; nunca encontrarán la palabra «sinagoga» ni sus prácticas litúrgicas en el Antiguo Testamento. Más bien, el judaísmo fue un fenómeno nuevo, producto del sistema de sinagogas. El propio sistema de sinagogas era relativamente reciente, pues surgió como un sistema creado por el hombre a raíz de las circunstancias desagradables del exilio babilónico del año 600 a. C., que dejó a los judíos viviendo en tierras extranjeras, a la deriva en materia religiosa, sin su Templo ni su sacerdocio. Antes del exilio, el sistema del Templo había constituido la estructura religiosa autorizada y el centro de su vida religiosa. Pero ahora, sin el Templo ni el sacerdocio, su estructura religiosa había quedado sin función. Por eso, los líderes entre los judíos exiliados idearon un sistema alternativo que difería en ciertos aspectos del Templo y de su propósito; un sistema que finalmente llegó a conocerse como judaísmo (los judíos eran personas de la tribu de Judá… por lo tanto, el término juda-ísmo… la religión de Judá).

El judaísmo incorporó muchos elementos conocidos del sistema original definido por la Torá, que dependía del Templo; un sistema que Dios había definido y ordenado en el monte Sinaí para las 12 tribus de Israel. Sin embargo, esta religión judía recién modificada eliminó algunos elementos de la religión anterior que parecían poco prácticos, si no imposibles, dadas sus circunstancias; comenzando por cómo y dónde se realizaba la adoración. Lo más importante es que el judaísmo añadió nuevas prácticas para compensar la ausencia del Templo y del sacerdocio (y, por lo tanto, su incapacidad para ofrecer sacrificios para expiar sus pecados), pero también porque esta religión modificada estaba destinada a aplicarse principalmente a los sobrevivientes del exilio babilónico: Judá… los judíos, y no necesariamente a sus tribus hermanas, que mucho tiempo atrás habían sufrido su propio exilio y nunca habían regresado. Así que, especialmente en el caso de los judíos que elegían libremente permanecer en tierras extranjeras (los judíos de la Diáspora), en lugar de regresar finalmente a la Tierra Santa, lo que significaba ser judío no era necesariamente lo mismo que antes del exilio. Y para aquellos judíos fervientes que sí regresaron a la Tierra Santa, la identidad judía significaba algo un poco diferente de lo que significaba para los judíos de la Diáspora. Por eso, los judíos de la Tierra Santa y los de la Diáspora

siempre estuvieron en desacuerdo respecto a la pregunta: ¿qué es un judío? O, dicho de otra manera: ¿qué constituye una identidad judía universalmente reconocida y aceptada entre las personas que se identifican como judías?

Comencé la lección de hoy dándoles esta información porque esta es la causa fundamental de por qué Pablo estaba siendo perseguido por los judíos de Judea (judíos de la Tierra Santa que vivían en Judea), y especialmente por la secta judía ultrarreligiosa y ultranacionalista llamada los Zelotes. Los comentaristas cristianos de la Biblia debaten interminablemente cuáles fueron exactamente los asuntos teológicos del judaísmo o del cristianismo que metieron a Pablo en tantos problemas, y tienden a presentar cuestiones teológicas mesiánicas como la razón por la que el pueblo judío se volvió contra él. Aunque ciertamente había un asunto teológico que Pablo señaló como especialmente polémico (la resurrección de los muertos), en realidad se trataba de un debate antiguo y continuo entre los judíos, que no tenía ninguna relación especial con Pablo ni con los judíos Creyentes. La multitud que quería matar a Pablo no estaba formada por intelectuales judíos ni por estudiosos de la Torá; no estaban dispuestos a asesinar a Pablo por alguna diferencia doctrinal abstrusa. Más bien, el problema era que aquellos judíos enojados de Judea no cuestionaban tanto la religión de Pablo como su compromiso con la identidad judía. De hecho, cuando Lisias, el comandante romano, interrogaba a la multitud en el Templo para averiguar qué había hecho Pablo para provocar el motín, se frustró porque todos gritaban algo diferente y ninguna respuesta tenía mucha coherencia. Básicamente, la multitud estaba muy molesta con Pablo de manera general. ¿Seguía siendo Pablo un judío verdadero? ¿Estaba hablando y enseñando en contra de la identidad judía tradicional, familiar y cómoda? ¿Estaría Pablo intentando redefinir la identidad judía (un asunto interminable entre los judíos, de todos modos)? ¿Estaba Pablo dando la espalda por completo a su herencia judía y convirtiéndose en gentil, e instando a otros judíos a hacer lo mismo?

Con ese entendimiento como trasfondo de nuestra historia, volvamos a leer los últimos versículos del capítulo 23 de Hechos.

VOLVAMOS A LEER HECHOS 23:16 – hasta el final

La última vez dejamos a Pablo de nuevo en su celda de la Fortaleza Antonia, tanto por su propia seguridad como por cualquier otra razón. Una multitud de judíos de Judea, junto con algunos miembros saduceos del Sanedrín, quería matar a Pablo, cada grupo por sus propias razones. Los judíos de Judea habían oído (falsamente) que Pablo era un traidor al judaísmo y a la identidad judía, porque lo veían relacionándose habitualmente con los gentiles odiados. Las razones por las que el Sanedrín estaba decidido a deshacerse de él son menos claras. Pero mi conclusión es que se debía a que Pablo los había desafiado abiertamente: primero, cuando muchos años antes el entonces Sumo Sacerdote lo envió a arrestar a los simpatizantes de Jesús, ¡Pablo se volvió y se convirtió en uno de ellos! En segundo lugar, los saduceos eran aristócratas que no tomaban a la ligera que un judío común desarrollara sus propios seguidores. La popularidad de Pablo entre tantos judíos de la Diáspora era vista como una amenaza a su autoridad y a la paz con Roma. Pero, en tercer lugar, el Sanedrín estaba convencido de que Pablo enseñaba a la gente a no tener consideración por el Templo. El Templo era la sede de los saduceos, y el Sumo Sacerdote y la mayoría de los sacerdotes principales eran saduceos. Y como el Sumo Sacerdote era el juez principal del Sanedrín, y los ingresos del Templo eran muy lucrativos, esto constituía un ataque directo a su territorio y a sus finanzas personales. La secta judía de los esenios ya se había rebelado abiertamente contra las autoridades del Templo y, posteriormente, muchos de sus miembros se trasladaron a Qumrán, establecieron su propia comunidad y comenzaron a formar un sacerdocio sustituto. El jefe del Sanedrín, el Sumo Sacerdote, no necesitaba que otra persona de influencia considerable se levantara contra él, creara un grupo de seguidores y provocara que otros hicieran lo mismo.

Así que los más fanáticos entre los judíos de Judea (probablemente los Zelotes y los Sicarii), unos 40 hombres, se unieron y elaboraron un plan para sacar a la guardia romana de su fortaleza, atacarla y arrebatarle a Pablo, asesinándolo allí mismo. Llevaron su plan al Sumo Sacerdote, quien ofreció su cooperación. Pero, de alguna manera, el joven sobrino de Pablo se enteró del plan, fue a la Fortaleza Antonia y le permitieron contárselo a Pablo. Pablo lo envió con el comandante romano Lisias, quien

le creyó al joven (después de lo que Lisias había presenciado, no tenía motivos para dudar de que se estaba tramando un asesinato). Como Pablo era ciudadano romano, Lisias decidió que la única manera de cumplir con su deber de protegerlo era sacarlo de Jerusalén y alejarlo de la conspiración, y hacerlo rápidamente. Además, Lisias tenía un verdadero problema entre manos con todo este asunto de Pablo y estaba más que dispuesto a pasárselo a su jefe, Félix, para que se encargara de él.

En el versículo 22 descubrimos que Lisias no estaba dispuesto a correr riesgos con aquellos judíos violentos y comprometidos; así que organizó un pequeño ejército de 200 soldados, 200 lanceros y 70 jinetes, que podrían defenderse incluso si los atacantes duplicaban su número. Pero también hizo algo que los cabecillas del complot no habían previsto: el contingente del ejército romano sacó a Pablo de su celda al amparo de la oscuridad y emprendió un viaje nocturno a un ritmo que necesariamente tuvo que ser una marcha forzada. Su destino era Cesarea Marítima, en la costa del mar Mediterráneo; era la residencia oficial del gobernador Félix y, por eso, estaba bien fortificada y tenía cientos de soldados romanos apostados allí. Había unas 60 millas entre Jerusalén y Cesarea; sin embargo, la ruta que tomaron pasaba por Antípatris (hoy llamada Afec). Una vez que llegaron a Antípatris, quedaron fuera del alcance del escuadrón de asesinos. Los soldados de infantería ya no tenían que acompañar al prisionero y se les permitió regresar a casa. La distancia entre Jerusalén y Antípatris es de 38 millas, y cubrieron esa distancia en el mismo tiempo que normalmente se necesitaría para recorrer 20 millas; en otras palabras, avanzaron muy rápidamente. Así que los agotados soldados de infantería fueron relevados del servicio y Pablo continuó el resto del trayecto acompañado únicamente por jinetes romanos.

Lisias no acompañó a sus tropas, así que envió con ellas una carta de explicación para Félix, en la que describía las circunstancias y las acusaciones contra Pablo. El versículo 25 revela que Lucas nos presenta la carta a Félix «en estos términos». En otras palabras, no se trata de una copia textual de la carta. Más bien, de alguna manera Lucas obtuvo detalles de ella y los conservó para nosotros. Como han señalado varios comentaristas, no hay razón para dudar del contenido de la carta, pues concuerda con las circunstancias, la época y los registros romanos acerca de cómo se hacían las cosas.

La carta comienza con los halagos acostumbrados a un superior y luego presenta la situación de la manera más favorable posible para Lisias. Omite discretamente que había decidido azotar a aquel hombre (y que estaba a momentos de hacerlo) y, en cambio, hace parecer que él y sus tropas arriesgaron valientemente sus propias vidas en una misión de rescate para salvar a Pablo de los judíos. Continúa explicando que llevó a Pablo ante el Sanedrín para interrogarlo, pero que nada de lo que encontraron en su contra infringía alguna ley romana y tampoco parecía haber quebrantado ninguna ley judía de tal manera que mereciera la pena de muerte o incluso la cárcel. Y como Pablo es ciudadano romano, Lisias explica que sigue el protocolo correcto al enviarlo ante el gobernador y que ha ordenado a los acusadores que vayan a Cesarea para explicar los cargos a Félix en un juicio formal.

Pablo y la carta son entregados rápidamente a Félix, y lo primero que pregunta Félix es de dónde era. La respuesta, Cilicia, lo satisfizo. No era una pregunta casual. Era habitual que un sospechoso fuera juzgado por el gobernador provincial de la provincia de donde procedía, no de aquella en la que se había cometido el delito. Sin embargo, existía una jerarquía de gobernadores y procuradores romanos, y en este caso Félix tenía un rango superior al gobernador de Cilicia, por lo que le correspondía juzgar el caso. Por eso, en el versículo 35 Félix responde: «Te escucharé». Es decir, aceptó que tenía la jurisdicción apropiada para escuchar el asunto. Pero Pablo tendría que esperar bajo custodia hasta que sus acusadores llegaran de Jerusalén para testificar. La mala noticia era que Pablo sería encarcelado en el edificio que había sido la sede de Herodes, llamado Pretorio. La buena noticia era que, por ser ciudadano romano y no haber tenido todavía un juicio, estaría custodiado por los militares, pero no permanecería en una celda de prisión. Así que sus condiciones eran mucho más tolerables que cuando estuvo detenido en la Fortaleza Antonia de Jerusalén.

Abramos el capítulo 24 de Hechos.

LEAMOS HECHOS 24 completo

Tomaremos algunos desvíos mientras recorremos este capítulo, porque me brinda una buena oportunidad para compartir información útil que les

ayudará a estudiar el Nuevo Testamento en general y a comprender de manera práctica aquellos tiempos.

El versículo 1 explica que el Sumo Sacerdote **Hananyah** (Ananías) hizo el viaje a Cesarea junto con algunos ancianos (probablemente miembros del Sanedrín) y también con quien la mayoría de las Biblias describen como un abogado llamado Tértulo. Pasaron cinco días desde la llegada de Pablo antes de que apareciera este grupo de acusadores y pudiera comenzar el juicio. Es bastante engañoso describir a Tértulo como abogado. El griego dice que era un **rhetor**, la palabra de la que proviene el término español retórica. La Biblia KJV traduce este término como «orador», lo cual se acerca mucho más a la realidad. Dentro del sistema legal romano, su trabajo no consistía en ser un experto en leyes, sino en presentar formalmente un caso legal ante el juez (en este caso, el juez era Félix), siguiendo el protocolo adecuado e incluyendo abundantes elogios dirigidos al juez. Había personas capacitadas y hábiles en la oratoria (una ocupación muy valorada en la cultura romana) que eran contratadas para este propósito, pues el vocabulario elevado daba mucha solemnidad al procedimiento. Y especialmente si el juez era alguien tan distinguido y de tan alto rango como un gobernador provincial, se habría ofendido mucho si no se presentaba un **rhetor** aprobado para preparar el escenario con sus palabras floridas. Era simplemente el estilo retórico de la época; nada más y nada menos.

Aunque no podemos estar completamente seguros, es probable que Tértulo fuera judío: un judío helenista. Tértulo era un nombre latino (el latín y el griego eran los idiomas del Imperio romano), pero eso no demuestra la etnia del hombre. Muchos judíos tenían nombres latinos o griegos. Dicho esto, como **Hananyah**, el Sumo Sacerdote, era saduceo y un aristócrata rico, y como el cargo de Sumo Sacerdote era designado por los romanos (una vez que se habían lubricado debidamente los engranajes de la justicia), existía una relación estrecha y deseada (principalmente monetaria) entre el Sumo Sacerdote y el gobierno romano. Por lo tanto, no es imposible que Tértulo hubiera sido un **rhetor** gentil.

Para entonces, y desde hacía 100 años, el cargo de Sumo Sacerdote era una posición prestigiosa y representativa, en gran medida ceremonial.

Sus deberes consistían principalmente en Shabbat, las 7 fiestas bíblicas, entrar una vez al año al Lugar Santísimo en Yom Kippur y anunciar las Lunas Nuevas. Como podemos imaginar, no era un experto en la Torá, aunque los saduceos afirmaban que seguían ÚNICAMENTE la Torá bíblica y rechazaban las Tradiciones defendidas por los fariseos. Aunque ya lo he explicado antes, sería bueno repetirlo: desde el siglo IV a. C. y durante toda la época del Nuevo Testamento, existieron entre los judíos dos instituciones religiosas paralelas y en competencia: el Templo y su sacerdocio, dirigido por el Sumo Sacerdote, frente al sistema de sinagogas y sus líderes. Estos dos sistemas eran rivales en muchos aspectos, pero no eran enemigos; la sinagoga reconocía la autoridad del Templo en lo relativo a los rituales que, según las Leyes de Mosheh, solo podían realizarse en el Templo, y reconocía el papel de los sacerdotes en las ceremonias que la Torá exigía claramente. El Templo reconocía que existía el sistema de sinagogas y que casi todos los judíos vivos asistían a una, pero eso era todo. Para ellos, la sinagoga era una realidad desagradable que no podían esperar cambiar, así que encontraron maneras de coexistir con ella.

Una de las tareas originales más importantes de los sacerdotes del Templo (ordenada por Dios) era enseñar al pueblo la Torá bíblica de Dios y hacerla cumplir dentro de la comunidad hebrea. Pero, desde la reconstrucción del Templo por Nehemías (al final del exilio babilónico), las actividades del Templo pasaron a centrarse principalmente en los rituales y las ceremonias, y menos en enseñar la Palabra de Dios y hacerla cumplir. Parte de la razón era que la gran mayoría de los judíos vivía ahora en las tierras extranjeras de la Diáspora, lejos del alcance del Templo de Jerusalén. Por eso, la experiencia de las masas judías con su religión ocurría principalmente en las sinagogas, dirigidas por personas que no eran sacerdotes; y las sinagogas NO estaban bajo la autoridad del Templo ni del Sumo Sacerdote. De hecho, la mayoría de las sinagogas (especialmente al principio) eran independientes unas de otras, como las iglesias comunitarias locales de las zonas rurales de Estados Unidos. Un liderazgo elegido localmente solía supervisar la sinagoga de la ciudad, pero no tenía ninguna conexión oficial con el Templo. Aunque no se ofrecían sacrificios en las sinagogas y las funciones y celebraciones típicas del Templo, ordenadas por Dios, durante los distintos días santos seguían realizándose únicamente en el Templo, la pura practicidad determinaba

que cualquier enseñanza y aplicación de la ley que recibiera el judío promedio de la Diáspora se obtuviera en la sinagoga, porque estaba en su localidad o al menos relativamente cerca.

Como consecuencia del exilio y del largo período durante el cual no hubo Templo ni sacerdocio en funciones que enseñara y aplicara la Torá bíblica (las Leyes de Mosheh), las autoridades de las sinagogas crearon muchas nuevas teorías religiosas acerca del pecado, la expiación, la pureza ritual y la manera de remediar las transgresiones y la impureza. Estas disposiciones llegaron a conocerse como las «tradiciones de los ancianos». Los ancianos eran líderes locales de las sinagogas que por lo general NO eran expertos en la Torá y, más a menudo que no, tampoco eran levitas (la tribu de los sacerdotes), sino líderes cívicos respetados. Así que el pragmatismo y las circunstancias locales desempeñaron un papel importante en las reglas y leyes que los ancianos decidían crear para que la comunidad judía local las cumpliera y para regular la manera de llevar a cabo los servicios de adoración en la sinagoga. Durante esta misma época surgió una tradición en las sinagogas según la cual los judíos debían reunirse para la adoración comunitaria un día por semana, en Shabbat. Una reunión comunitaria de este tipo en Shabbat nunca había existido antes del exilio babilónico. Shabbat simplemente consistía en que la población judía en general dejara de realizar sus labores habituales durante 24 horas; toda actividad ceremonial y ritual relacionada con Shabbat correspondía a los sacerdotes y, por lo tanto, se realizaba únicamente en el Templo.

A medida que pasaron las décadas y luego los siglos, estas disposiciones y tradiciones creadas por las autoridades de las sinagogas se convirtieron en las doctrinas y prácticas incuestionables de las sinagogas, y también determinaron los estilos de vida y las actividades religiosas de las masas de judíos comunes, especialmente de quienes vivían en la Diáspora. Durante mucho tiempo, los judíos que habían regresado a la Tierra Santa tendieron a mostrar un poco más de lealtad y conexión con el Templo y el sacerdocio. Pero para los días de Jesús, la sinagoga había desplazado al Templo como la institución religiosa dominante, tanto en la Tierra Santa como en la Diáspora. Esto se manifestó principalmente en que las Leyes originales de Mosheh dieron paso a la **Halakhah**: la ley judía. Y la ley

judía era una fusión de las Leyes de Mosheh, las tradiciones de los ancianos y las antiguas costumbres culturales judías.

Volviendo ahora a nuestra historia bíblica de Pablo ante el juicio de Félix, leemos acerca de los abrumadores halagos que Tértulo dirige al gobernador. Dice que se disfruta de una gran paz gracias a Félix (es decir, paz entre los judíos y los romanos) y que Félix aparentemente trabaja arduamente para seguir mejorando las condiciones de vida de los habitantes de Judea. Nada de esto es cierto. Félix era el peor tipo de gobernador: codicioso y cruel. Era despiadado y solo le importaba enriquecerse. Formaba parte de lo que se conoce como la clase ecuestre de los gobernantes romanos. Es decir, la aristocracia de la sociedad romana tenía dos niveles: el superior era la clase senatorial y el inferior era la clase ecuestre. Ambas clases eran ricas. Cuando una persona se convertía en senador, pasaba a formar parte de la clase más alta. Los hijos de los senadores seguían formando parte de la clase ecuestre hasta que, y a menos que, ellos mismos se convirtieran en senadores.

Antonius Félix no era senador; era un liberto que había pertenecido a la familia imperial. El Sumo Sacerdote retirado Jonatán (otro hombre rico que literalmente había comprado su cargo de Sumo Sacerdote) utilizó su influencia para ayudar a Félix a obtener el puesto de gobernador en sustitución de Cumanus, quien había caído en desgracia por la manera en que había manejado algunos disturbios entre judíos y samaritanos. Félix tenía buenas conexiones políticas propias porque también estaba emparentado con el emperador Claudio por su matrimonio con la hija de Antonio y Cleopatra. Más adelante, Félix también se casó con la hija menor de Herodes Agripa, una joven judía llamada Drusila. Pero este matrimonio fue bastante polémico porque Drusila ya estaba comprometida con el rey de Emesa, un hombre llamado Azizus, cuando Félix se enamoró de ella y de alguna manera logró alejarla de Azizus, causando muchos problemas. El político e historiador romano Tácito registra que Félix no gozaba de buena reputación. Más bien, practicaba «toda clase de crueldad y lujuria, ejerciendo el poder de un rey con todos los instintos de un esclavo». Félix trataba duramente al pueblo judío y se comportaba con severidad hacia ellos, lo que provocó nuevos actos de rebelión por parte de los judíos. Como los romanos valoraban la estabilidad y la paz por encima de todo, esto finalmente hizo que Félix

fuera destituido de su cargo y reemplazado por Festo, de quien leeremos en Hechos 25. Pablo conocía muy bien a Félix y su historia, así que actuaría con cautela cuando le llegara el turno de responder a las acusaciones presentadas por Tértulo.

Así que, a partir del versículo 2, se presenta el caso contra Pablo desde la perspectiva del Sumo Sacerdote. Y, como mencioné al comienzo de la lección de hoy, nos cuesta encontrar alguna cuestión de naturaleza teológica que se acuse a Pablo de haber violado. Más bien, la acusación proviene de la mentalidad de un Sumo Sacerdote aristócrata y rico que piensa que nadie de una clase inferior debería contradecirlo en su cara ni causarle molestias. Por eso, Tértulo explica en el versículo 5 que, en términos generales, Pablo es una plaga. Provoca levantamientos entre los judíos de todo el mundo y es el cabecilla de una secta de judíos llamada los **Natzratim**. Finalmente, dice que Pablo intentó profanar el Templo, pero que afortunadamente lograron detenerlo antes de que lo hiciera. Nunca se explica cómo intentó profanar el Templo. Así que, según Tértulo, Pablo nunca llegó a profanar el Templo; solo lo intentó y no lo consiguió.

Lo que habría llamado la atención de Félix eran los asuntos políticos que se presentaban. ¿Qué le importarían los asuntos cotidianos de la ley religiosa judía? En esencia, los primeros cargos consistían en que Pablo causaba problemas y frustraba todos los esfuerzos sinceros del Sanedrín y de los romanos por mantener la paz. Luego Tértulo vincula hábilmente esta acusación con el hecho de que Pablo es el cabecilla (un término utilizado para actividades criminales) de una secta revolucionaria de judíos llamada los **Natzratim**. Así que la implicación contra Pablo es similar a la acusación lanzada contra su Maestro, Yeshua: está intentando iniciar una rebelión para derrocar el dominio romano.

Que el Sumo Sacerdote judío presentara estas acusaciones de sedición contra un compatriota judío ante un ocupante romano era algo intolerable. En esencia, **Hananyah** estaba desempeñando el papel de informante para el enemigo: Roma. Aunque la Torá no dice nada directamente acerca de semejante actividad, la **Halakhah** sí. Y la actitud general es que un judío que entrega a otro judío a un tribunal gentil hace que la ley judía quede subordinada a la ley gentil. En el tratado Sanedrín 26 del Talmud se afirma que cualquier judío que entregara a otro judío a

las autoridades gentiles era considerado alguien que había «injuriado, blasfemado y se había rebelado contra las Leyes de Mosheh». Si era condenado, esto acarrearía la pena de muerte para el informante.

Los esenios (que consideraban que el sumo sacerdocio era corrupto y malvado, y enemigo de Dios y del pueblo) escribieron lo siguiente en su Rollo del Templo, encontrado en Qumrán:

«Si un hombre (un judío) transmite información contra su pueblo o traiciona a su pueblo ante una nación extranjera, o hace el mal contra su pueblo, lo colgarán de un árbol y morirá».

Tengo pocas dudas de que este comentario está dirigido directamente al cargo del muy despreciado Sumo Sacerdote, debido a su relación pública y notoriamente estrecha con el gobierno romano, que en primer lugar los había nombrado para ese puesto tan lucrativo.

Esta es la segunda vez en el transcurso de una semana que Pablo enfrenta las acusaciones de **Hananyah**, el Sumo Sacerdote, y ha tenido bastante tiempo para pensar cómo responder. Esto se hace evidente en su respuesta bastante elocuente a estos cargos ridículos. Comienza en el versículo 10 y lo examinaremos la próxima vez.